

## LA POESÍA DE LA INDEPENDENCIA

---

“Dar la vida por la patria / es hazaña de más fama / que llevado del amor / dar la vida por su dama.”<sup>1</sup> Así cantaba después de la Revolución un anónimo trovador. Y otro, cuyo nombre tampoco se consignaba entonces — como si no hiciera, igual que el anterior, más que dar voz a un sentimiento colectivo —, coincidía así, rindiendo homenaje a los que habían muerto en la lucha por la libertad:

Juremos por sus nombres respetables  
que vivirá la patria independiente  
mientras la sangre en nuestras venas corra,  
o toda derramada  
antes será que verla subyugada<sup>2</sup>.

Por algo escribiría fray Cayetano Rodríguez, uno de los poetas más celebrados de la época, en carta del 10 de junio de 1814 dirigida a su amigo, también poeta, el obispo tucumano José Agustín Molina, esa frase cuya mención parece inevitable cada vez que se considera el tema: “La patria

<sup>1</sup> “Cuartetas arrojadas al pueblo entre flores”, en Angel Justiniano Carranza, *Composiciones poéticas de la epopeya argentina*, Buenos Aires, 1910, pág. 98.

<sup>2</sup> Vicente López y Planes, “Loa”, *La lira argentina*, Buenos Aires, 1824, pág. 232.

es una nueva musa que influye divinamente”<sup>3</sup>. La patria recién nacida se había convertido, en efecto, en el motivo poético por excelencia.

El destinatario de aquella carta, a su vez, expresaba, en el “Canto al vencedor de Tucumán y Salta”:

Canto las grandes, célebres victorias  
del setiembre famoso y del febrero;  
el invencible acero,  
la energía, el valor canto, y las glorias  
del alma americano,  
el ínclito, inmortal, bravo Belgrano<sup>4</sup>.

Y agregaba, en una de las octavas de “La jornada de Maipo”:

Las armas de mi patria alegre canto,  
sus combates, sus triunfos, sus victorias,  
sus esfuerzos, su celo ardiente y santo  
por romper las cadenas vejatorias  
que la han ajado y oprimido tanto<sup>5</sup>.

De igual modo, Juan Cruz Varela, tan inclinado en su juventud a la poesía galante y erótica, ahora abandona esos temas. En la oda “Sobre la invención y libertad de la imprenta”, de 1822, explica su actitud:

Amor que sobre todas las deidades  
mereces sólo adoraciones mías,  
tu dulce poderío y tus bondades

<sup>3</sup> Fray Pacífico Otero, *Estudio biográfico sobre fray Cayetano José Rodríguez y recopilación de sus producciones literarias*, Córdoba, 1899, pág. 226.

<sup>4</sup> Angel Justiniano Carranza, *Composiciones poéticas de la epopeya argentina*, Buenos Aires, 1910, pág. 34.

<sup>5</sup> *La lira argentina*, pág. 211.

ya celebró mi canto  
 en lo florido de mis bellos días,  
 y regué tus altares con mi llanto.  
 Canté lo que sentí. Después mi rima  
 a la voz del deber plegarse supo;  
 y a cuanto Febo anima  
 los nombres enseñé de los varones  
 al ibero funestos  
 que de sus huestes los deshechos restos  
 con vengadora mano aniquilaron  
 y el suelo de mi patria libertaron.  
 Canté lo que debí<sup>6</sup>.

Y en la "Profecía de la grandeza de Buenos Aires", del mismo año:

Los hombres que a mi patria tantos bienes  
 supieron prodigar, asunto digno  
 de mi verso serán, y a las estrellas  
 llevaré en mis loores su renombre;  
 y de Colón los venerables manes  
 se gozarán entre la tumba helada,  
 al ver al cabo que en la tierra suya  
 hay un país que fortunado goza  
 de paz, de libertad y de abundancia<sup>7</sup>.

Esteban de Luca, en la carta con que enviaba su "Canto lírico a la libertad de Lima", solicitado por el gobierno, escribía a Rivadavia: "El dichoso porvenir del nuevo mundo, fruto de nuestras vigiliass, de nuestras privaciones, de nuestra sangre, es lo que debe inflamar a los poetas del Parnaso americano. Y, a la verdad, ¿qué imaginación bas-

<sup>6</sup> *El Centinela*, N° 16, 10 de noviembre de 1822; aparece con el título de "Sobre la libertad de la prensa". Con el título definitivo y algunas modificaciones figura en *Poesías* de Juan Cruz Varela, Buenos Aires, 1875, pág. 165.

<sup>7</sup> *El Centinela*, N° 22, 22 de diciembre de 1822.

tará a representar las nuevas formas, el grado de felicidad a que llegará la América bajo el influjo de la libertad, de la tolerancia y recíproco interés que formarán los vínculos de la gran asociación americana?"<sup>8</sup>

Testigos de la lucha por la independencia, los poetas —Vicente López y Planes, Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Ramón Rojas, Bartolomé Hidalgo, y otros de menor entonación, además de los ya mencionados— incitan a combatir la dominación española, exaltan a los próceres revolucionarios y cantan las victorias de las fuerzas patriotas. Pero, aunque sus versos eran también un arma, no quisieron ser sólo testigos y cantores. En alguno de los varios frentes de la lucha revolucionaria ocuparon puestos de primera fila. Pues aquella lucha, "aquel celo ardiente y santo por romper las cadenas vejatorias..." tenía tres principales frentes: el militar, el político y el cultural. Los temas poéticos reflejan el conflicto en esos tres ámbitos: no se encarecen solamente los triunfos guerreros sino también el esfuerzo civil de gobernantes progresistas como Moreno y Rivadavia y el empeño ideológico por superar la ignorancia y los prejuicios de la mentalidad colonial. Los poetas participaron activamente. Fueron también soldados —Esteban de Luca, Juan Ramón Rojas—, estadistas —Vicente López y Planes—, educadores —Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Cruz Varela—. Sea cual fuere el terreno en que les cupo actuar, su gran preocupación fue la defensa de la libertad recién conquistada y la exaltación del esfuerzo y coraje patrióticos. Merecen, pues, el calificativo de "poetas próceres", o si se prefiere, de "próceres poetas".

<sup>8</sup> Juan María Gutiérrez, *Los poetas de la Revolución*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1941, pág. 72.

Durante todo el período de la Revolución y de la lucha por la Independencia —de 1810 a 1824— esas composiciones que loan la libertad, celebran los triunfos guerreros y elogian a los héroes militares o civiles, aparecen en los periódicos de entonces: *La Gaceta*, *El Censor*, *El Grito del Sud*, *La Prensa Argentina*, *El Curioso*, *La Abeja Argentina*, *El Centinela*, etc. Ellas son el eco emocional de los más importantes acontecimientos ocurridos en esa crítica etapa de nuestra historia. Por tal razón constituyen, en muchos aspectos, un valioso testimonio del espíritu colectivo de la época<sup>9</sup>.

*La lira argentina*, impresa en París y publicada en Bue-

<sup>9</sup> “Desde las invasiones inglesas la poesía había sido la expresión vehemente o elegíaca de los sentimientos bélicos del pueblo en armas para conquistar su independencia”. Roberto F. Giusti, “Las letras durante la Revolución y el período de la Independencia”, en *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, 1958, T. I, pág. 263. Y más adelante, en las páginas 271-272: “La poesía de la Independencia es una forma de periodismo. Al modo de ardorosas proclamas guerreras, celebra el advenimiento de la nueva Nación, la rendición de Montevideo, los triunfos de Belgrano y las victorias de San Martín. Los poetas no siempre hablaban por sí. Lo hacían, respondiendo al sentimiento colectivo, por la Municipalidad, por la secretaría del Soberano Congreso, por el Departamento de Gobierno, por el de Guerra y Marina, por el Estado Mayor General. Sus odas raramente aparecieron firmadas, pues participaban del anonimato de la poesía popular, aunque transmitida por la imprenta en periódicos, hojas sueltas y folletos; o cuando más, llevaban al pie seudónimos orgullosos, como “Un soldado de la libertad”, o tiernos como “Un niño”. Las canciones eran entonadas por los escolares delante de la Pirámide; o bien los versos eran inscriptos en grandes tarjetones puestos al pie de aquella o en los arcos de la Recova y del Cabildo en las fiestas patrias y en las celebraciones de las grandes victorias, usanza imitada de España.”

nos Aires en 1824, recoge la mayor parte de aquellas piezas. Es un volumen de quinientas veinte páginas, que corresponden a ciento dieciocho composiciones y al prólogo del editor. Incluye, asimismo, al final, en pliego doblado, la música de Blas Parera compuesta para la "Marcha Patriótica" — nuestro Himno Nacional — de Vicente López y Planes, que encabeza la compilación. La cierra otra pieza de López: "El triunfo argentino", el largo canto a la victoria sobre los ingleses, de 1808; ésta y la "Oda al Paraná" de Manuel José de Lavardén, de 1801, son las únicas muestras anteriores a la Revolución incluidas en el conjunto. Las composiciones, con excepción de las tres que hemos mencionado, guardan un orden cronológico y aparecen, casi todas, sin nombre de autor.

¿Quién era el anónimo editor y compilador de *La lira argentina*, el primer libro de poesías publicado en nuestro país? Según los testimonios más fidedignos, don Ramón Díaz, tres veces miembro de la legislatura de Buenos Aires, defensor de pobres y menores y procurador general. Se encargó de vigilar la impresión, en París, el médico argentino Francisco de Paula Almeyra.

En el prefacio, datado en Buenos Aires el 25 de mayo de 1823 y firmado por "El editor", éste se declara autor de la recopilación y explica los motivos que lo indujeron a publicarla: "...no he sido animado de otro deseo que el de redimir del olvido todos los rasgos del arte divino con que nuestros guerreros se animaban en los combates de aquella lucha gloriosa; con que el entusiasmo y el amor de la patria explicaban sus transportes en la marcha que emprendimos hacia la independencia..."<sup>10</sup>. Agrega que

<sup>10</sup> *La lira argentina*, pág. V.

no ha excluido aquellas piezas en las cuales, en ciertas horas difíciles, la sátira zahiere los actos considerados contrarios al ideal histórico perseguido, y señala el placer que le causa perpetuar los nombres de ilustres compatriotas que merecieron la admiración de sus coetáneos.

Sin duda, Ramón Díaz valoraba el libro más como documento histórico que como creación estética: "... las edades que vengan tendrán un derecho a exigir de nosotros la noticia más cierta posible de todo cuanto puede alimentar algún día el espíritu público, que ahora nace. Y es en este respecto puramente histórico mi empeño. Por lo mismo no he querido sujetar las piezas a la revisión de sus autores, ni menos a la elección de algún inteligente, postergando el aliño, o la adopción de lo más bello y hermoso, al deber de entregar a la posteridad lo que ella tiene derecho de saber, es decir lo que realmente ha habido"<sup>11</sup>. No se trata, pues, de una antología, sino de una colección, como lo indica su título completo: *La lira argentina o colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia*.

El tema esencial de estas composiciones es la exaltación de la libertad e independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de toda América. Pero sobre esa trama se entretajan tres motivos dominantes: el indianismo, el americanismo y el antiespañolismo.

Con respecto al primero de estos motivos, cabe recordar la distinción que puede hacerse entre los conceptos de indianismo y de indigenismo: simpatía o inclinación más o menos superficial hacia el indígena, e identificación pro-

<sup>11</sup> *Ibidem*, pág. VI.

funda con él, respectivamente. En casi todos los poetas nombrados, la frecuente invocación de los incas y araucanos, el sentido antiespañol de tales invocaciones y el empleo repetido de vocablos derivados de *indio* o de *las Indias* —tales como *indiano* e *indo*, ambos en una acepción lata de *americanos*— revelan, en nuestra opinión, la primera de aquellas actitudes. El indigenismo asoma en uno solo, el más personal y popular: Bartolomé Hidalgo. En uno de los *cielitos* que se le atribuyen, el dedicado al triunfo de Maipú, aparecido en abril de 1818, hallamos estos versos que muestran hasta qué punto la actitud es en él fraternal y afectuosa:

Pero ¡bien *ayga* los indios!  
Ni por el diablo aflojaron,  
mueran todos los gallegos,  
viva la Patria, gritaron<sup>12</sup>.

Porque los "indios" no son otros que los soldados patriotas: la palabra ha perdido su significación étnica primigenia para convertirse en una expresión cálida y ponderativa, de modo semejante a lo que ocurriría, por ejemplo, con el término *gaucho*.

Casi dos años después, en los últimos días de 1819, Hidalgo escribe otro *cielito*: aquel que satiriza la misión diplomática enviada a Buenos Aires por Fernando VII para negociar la paz con las provincias del antiguo virreinato. En él se burla de las proposiciones y promesas del rey y refirma la resolución de seguir luchando por la independencia:

<sup>12</sup> Martíniano Leguizamón, *El primer poeta criollo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1917, pág. 53 (separata de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, T. XXXV, 1917).

Cielito, cielo que sí,  
 guárdense su chocolate,  
 aquí somos puros Indios  
 y sólo tomamos mate <sup>12</sup> \*.

El vocablo, henchido otra vez de una fuerte sobrecarga valorativa, expresa un cálido sentimiento de solidaridad e identificación con el indígena. La actitud se prolonga en versos irónicos e intencionados en los cuales el indio, aun sin ser mencionado, deja sentir su presencia:

Cielito, digo que no,  
 Cielito, digo que sí,  
 Reciba, mi D. Fernando,  
 Memorias de Potosí <sup>13</sup>.

E inmediatamente, en tono severo de acusación:

Ya se acabaron los tiempos  
 en que seres racionales  
 adentro de aquellas minas  
 morían como animales <sup>14</sup>.

En seguida reaparece la identificación afectiva, pues el poeta vuelve a hablar como si él mismo fuera un indio:

Cielo, los reyes de España  
 ¡la puta que eran traviesos!  
 nos cristianaban al grito  
 y nos robaban los pesos <sup>15</sup>.

<sup>12</sup> \* "Un gaucho de la Guardia del Monte contesta al manifiesto de Fernando VII y saluda al conde de Casa-Flores con el siguiente cielito, escrito en su idioma", *La lira argentina*, pág. 253.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 254.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

En otro *cielito* en que festeja el triunfo de San Martín sobre las fuerzas de O'Reilly, en el Perú, Hidalgo reitera la cita con el mismo acento afectuoso, aludiendo de nuevo, como en el *Cielito de Maipú*, a los soldados patriotas:

En Pasco, O'Reilly y los suyos  
 las avenidas cubrieron,  
 pero los indios *amargos*  
 bajo el humo se metieron<sup>16</sup>.

El americanismo se manifiesta en un fuerte sentimiento de unidad con todos los pueblos del continente que habían estado o aún permanecían bajo dominio español. Sentimiento tan auténtico e intenso que transfigura vivamente la expresión. Esteban de Luca, por ejemplo, alcanza uno de sus momentos de más alta inspiración, de más cálido arrebató, en un pasaje del "Canto lírico a la libertad de Lima" en que se dirige a América —la "gran Colombia" o la "inocente Colombia"— para anunciarle que surgirá ante el mundo como el continente de la libertad:

Tu prole venturosa  
 subirá a la alta cima  
 de los nevados Andes; allí el genio  
 inflamará su audacia hasta que imprima  
 gigante humana forma y asombrosa  
 al mayor de los montes; en la estatua  
 de la divina Libertad la tierra  
 lo verá convertido;  
 estatua que resista el gran torrente  
 de los siglos y triunfo del olvido:  
 estatua colosal, nuevo portento,  
 que domine las tierras y los mares.

<sup>16</sup> "Cielito patriótico del gaucho Ramón Contreras, compuesto en honor del ejército libertador del Alto Perú", Martiniano Leguizamón, *obra citada*, pág. 70.

Así los navegantes  
 que osados dejan los paternos lares,  
 así los fatigados caminantes  
 al ver de un horizonte más lejano  
 tan alto monumento,  
 saludarán con alma reverente  
 a la deidad, al numen soberano  
 que por siempre será de gente en gente  
 invocado en el mundo americano<sup>17</sup>.

Otro de sus mejores logros es, sin duda, el comienzo del canto "La Secretaría de Estado en el Departamento de Gobierno al vencedor de Maipo", donde América es personificada por una hermosa mujer sentada en una cima de los Andes:

Allá en la cumbre de los altos Andes,  
 sobre región de nieve sempiterna,  
 donde más brilla el luminoso Febo,  
 la América inocente colocada  
 domina el orbe; asiento majestuoso  
 le da la cima de elevados montes.  
 Hoy es su trono mole tan soberbia  
 que servir pudo en el osado intento  
 de escalar el Olimpo a los Titanes;  
 trono que incontrastable simboliza  
 el que firme sus hijos le han alzado  
 sobre la base de justicia santa.

.....  
 Por todas partes a sus dignos hijos  
 rompiendo mira el yugo del Hispano;  
 el grito universal de la venganza  
 contra tres siglos de opresión indigna,  
 el ronco son del bélico instrumento,  
 el horrísono estruendo de las armas  
 que los ecos dilatan y repiten,

<sup>17</sup> *La lira argentina*, pág. 399.

en confuso rumor resonar hacen  
 la bóveda celeste; el patrio suelo  
 retumba todo: "¡Libertad o muerte!"<sup>18</sup>.

En cuanto al antiespañolismo, se transparenta con muy diversos matices: desde la simple censura al empeño de los peninsulares por conservar el antiguo dominio, hasta los más virulentos apóstrofes contra su crueldad e injusticia. Entre esos extremos suele haber lugar para la distinción entre el monarca, responsable del despotismo, y el pueblo español, libre de culpa y hasta víctima él también, en su propio suelo, de igual tiranía. Y, consiguientemente, hay lugar también para el sereno y hasta cordial llamado a la paz y a la amistad, sobre la base del reconocimiento de la libertad americana y del respeto mutuo. Así, en el "Canto lírico a la libertad de Lima" leemos:

Y tú, España, que largo tiempo esclava  
 del poder más fanático y sangriento  
 con sangre y fanatismo esclavizaste  
 al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.  
 Si es verdad que respiras hoy el aura  
 de libertad augusta,  
 de esta eterna deidad que el orbe adora,  
 no quieras por más tiempo ser señora  
 de Colombia inocente;  
 reconócela libre, independiente  
 del trono de tus reyes.  
 Si hoy al fin olvidada  
 de tus sangrientas leyes  
 aceptares la paz que te ofrecemos,  
 con fervor sacro y en un mismo idioma  
 la libertad del mundo cantaremos<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> *Ibidem*, págs. 163, 164 y 165.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pág. 398.

Y en el "Cielito a la venida de la expedición española al Río de la Plata", de Bartolomé Hidalgo:

Saquen del trono, españoles,  
a un rey tan bruto y tan flojo,  
y para que se entretenga  
que vaya a plantar abrojo.

Cielito, cielo que sí,  
por él habéis trabajado,  
y grillos, afrenta y muerte  
es el premio que os da dado.

Si de paz queréis venir,  
amigos aquí hallaréis,  
y comiendo carne gorda  
con nosotros viviréis<sup>20</sup>.

El valor poético de estas composiciones ha suscitado juicios diversos y contrapuestos. Según algunos —ciegamente ditirámicos—, sus autores son verdaderos genios. Según otros, son tan pobres que la obra de cualquiera de ellos bastaría por sí sola para hacer odiar a la poesía. Resultaría fácil replicar a tan categórico desdén. Bastaría citar, por ejemplo, algunas estrofas de la "Oda a la oración fúnebre pronunciada por el prebendado Dr. Valentín Gómez en las exequias de don Manuel Belgrano", de Juan Crisóstomo Lafinur. Encontramos en ella una honda y sobria emoción, y, sobre todo al comienzo, una gravedad que tiene resonancias de sinfonía:

Era la hora: el coro majestuoso  
dio a la endecha una tregua; y el silencio,  
antiguo amigo de la tumba triste,  
sucedió a la armonía amarga y dulce:  
la urna solitaria presidía  
la escena que canta hoy la musa mía.

<sup>20</sup> Martiniano Leguizamón, *obra citada*, pág. 62.

Que las virtudes que en su torno andaban  
 velando su tesoro, y dando al cielo  
 su llanto, su esperanza y sus amores,  
 al púlpito volaron: sus acentos  
 dulcísimos sonaron; los oyeron  
 los hombres... y de serlo se dolieron.

¿Cuándo más dulce la verdad fue oída?  
 ¿Cuándo sus rayos más apetecidos?  
 ¿Y cuándo más acerba nuestra pena?  
 ¿Y cuándo nuestra pena menos dura?  
 Milagros tuyos, ¡orador divino!  
 Del corazón tu lengua halló el camino.<sup>21</sup>

Y más adelante:

El pueblo suspiraba hasta tu frente;  
 un canal misterioso se veía  
 desde tu boca hasta él. Avara el alma  
 se guarda tus palabras, cual si fuesen  
 las reliquias del héroe que encarecen.

.....  
 Tú nos dejaste al fin, pero dejando  
 en nuestras almas la virtud hermosa;  
 así oscurece el sol, por que a otros climas  
 vaya el torrente de su lumbre pura;  
 así la rosa, cuando dulce expira,  
 descarga su fragancia en quien la mira.<sup>22</sup>

Esteban de Luca también dedicó a la memoria de Belgrano unas sentidas "Octavas":

.....  
 Quien patrio amor no sienta al ver la losa  
 que las cenizas cubre de Belgrano,  
 Quien no se inflame y con la faz llorosa  
 no invoque su heroísmo sobrehumano,

<sup>21</sup> *La lira argentina*, págs. 312 y 313.

<sup>22</sup> *Ibidem*, págs. 313 y 314.

hijo es de servidumbre vergonzosa,  
 esclavo triste del poder tirano,  
 que en medio de la rabia y del espanto  
 oye de libertad el himno santo.

Bravos guerreros, hijos de la gloria,  
 llegad todos al túmulo elevado  
 de vuestro jefe ilustre a la memoria;  
 no os intimide el triunfo que ha logrado  
 la Parca atroz: si en vida a la victoria  
 él os llevó mil veces denodado,  
 muerto aún os habla en este santo templo  
 con su noble virtud y heroico ejemplo.

Ved a la Patria en tan aciago día  
 triste, eclipsada la apacible frente  
 que antes con gloria y majestad lucía;  
 vedla sobre el sepulcro, amargamente  
 de Belgrano llorar sensible y pía;  
 llorad todos, sentid como ella siente,  
 mientras admiran todas las naciones  
 del héroe más virtuoso las acciones<sup>23</sup>.

Sólo debe interesarnos, pues, la opinión de quienes los han estudiado con amor y seriedad. Alberdi, severo, vio en el aspecto formal de esa poesía el signo de nuestra dependencia cultural y artística: "... Los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de una sociedad que caía bajo nuestros golpes: la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte; la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura..."<sup>24</sup>. El juicio —no del todo justo, en verdad: la falta de perspec-

<sup>23</sup> *Ibidem*, pág. 294.

<sup>24</sup> *Certamen poético*, Montevideo, 1841, Reproducido en Juan Bautista Alberdi, *Obras completas*, Buenos Aires, 1886, T. II, pág. 56.

tiva histórica impidió a su autor una más profunda comprensión de los procesos culturales— era aplicable, de todos modos, a los poetas de la corriente cultista o europeísta; pero había también una corriente americanista, popular, original, representada por Bartolomé Hidalgo. Por otra parte, el propio crítico lo atenúa —aunque, al parecer, sin mucha convicción— en una nota en que señala: “Aquí se caracteriza la generalidad de las obras de entonces, y de ningún modo las tres o cuatro excepciones admirables que todo el mundo conoce”<sup>25</sup>.

Juan María Gutiérrez, que con noble dedicación recopiló y estudió esa poesía, ha tenido para ella palabras de encomio: un encomio ya entusiasta, ya moderado. En lo que a su originalidad se refiere, la juzga “esencialmente original, si se la estudia en sus entrañas, considerando como accesorio el ropaje bajo el cual se manifiesta”<sup>26</sup>.

Ricardo Rojas fue el primero que señaló la necesidad de juzgar a estos poetas con un criterio estético y no con veneración patriótica. Reaccionaba así contra el error en que habían incurrido muchos apologistas, incluso, a veces, el propio Juan María Gutiérrez. Tras afirmar que todos los sucesos importantes de la época tuvieron sus rapsodas en los poetas de Mayo, agrega: “El relato épico y la verdad histórica se identifican así en la efusión de sus poemas, que si en todo instante resplandecen con la belleza cívica del asunto, no se hallan tan privados de inspiración que no alcancen, con algún fragmento de Luca o de Varela, el

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> Juan María Gutiérrez, *Los poetas de la Revolución*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1941, pág. 355.

color y el acento de la belleza literaria”<sup>27</sup>. Como Juan María Gutiérrez, Ricardo Rojas sostiene que esas composiciones “tomaron color americano en los temas y los sentimientos políticos, pues en cuanto a la forma literaria, muy poco hubo en ellas que las diferenciara del canonseudoclásico”<sup>28</sup>.

Roberto F. Giusti, uno de los pocos críticos contemporáneos que ha tratado el tema con profundidad y amplitud, las considera un “fruto en agraz”<sup>29</sup>, aunque las estudia con interés y simpatía.

Por nuestra parte, hemos hallado en ellas —si no alieno sostenido y pareja calidad— aciertos dignos de ser rescatados del desconocimiento y del olvido, y algunas notables anticipaciones románticas, como éstas de Juan Cruz Varela, pertenecientes a “Elvira”, un poema erótico de juventud:

Tiemble la hermosa cuando sola al lado  
de su querido el corazón le lata;  
que contra el ruego de su amante amado  
es imposible que el rubor combata.  
El primer beso a la modestia hurtado  
el primer nudo del pudor desata,  
y arrancada a la flor la primer hoja  
el hálito del aire la deshoja<sup>30</sup>.

.....  
Entreabierto su labio y encendido,  
en la nieve del rostro así lucía  
como el botón de rosa más subido  
entre blanca azucena luciría.

<sup>27</sup> Ricardo Rojas, “Los coloniales”, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1918, T. II, pág. 579.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pág. 585.

<sup>29</sup> Roberto F. Giusti, *obra citada*, pág. 272.

<sup>30</sup> Juan Cruz Varela, *Poestas*, Buenos Aires, 1875, pág. 35.

Toda su alma a su boca había salido,  
 cual si saliera por buscar la mía,  
 y toda su alma que en su labio erraba,  
 al beso, al primer beso convidaba<sup>31</sup>.

En verdad, ni en el "Canto a la victoria de Ituzaingó", ni siquiera en su composición última, tan estremecida de pasión antirrosista, "Al 25 de Mayo de 1838 en Buenos Aires", alcanza Varela la precisión e intensidad de las estrofas transcriptas. Y Lafinur, sin duda el más cálido, el más lírico de los poetas de su generación, logra también un insólito y sorprendente fulgor al plasmar así el transporte amoroso en su poema narrativo juvenil "La obligación y el amor":

.....  
 Empapados de amor y de deleite,  
 el Dios nos contemplaba, que oficioso  
 desciende, de mil Gracias rodeado,  
 y derrama amapola en nuestros ojos.<sup>32</sup>

Hemos hallado, asimismo, aun en los frecuentes momentos en que el torrente discursivo apaga el fulgor poético, no pocos rasgos de nobleza y austeridad conceptual. Vaya como ejemplo este pasaje del "Canto elegíaco a la muerte del general D. Manuel Belgrano", también de Lafinur:

¿Quién puede  
 describir su piedad inmaculada,  
 su corazón de fuego, su ferviente  
 anhelo por el bien? ¡Sólo a ti es dado,  
 historia de los hombres: a ti que eres

<sup>31</sup> *Ibidem*, pág. 37.

<sup>32</sup> Juan María Gutiérrez, *Colección de poesías americanas antiguas y modernas, impresas, manuscritas y autógrafas*, pág. 638.

la maestra de los tiempos! El arca de oro  
de los hechos ilustres de mi héroe  
en ti se deposita: recogedla  
y al mundo dadla en signos indelebles.<sup>33</sup>

O este otro, tomado de la "Loa" de Vicente López y Planes, singular combinación de auténtico fervor e inocentes imperfecciones, cuyos últimos versos hemos citado anteriormente:

¡Patriotas! Presenté a vuestra memoria  
un bosquejo ligero  
de los timbres marciales que engrandecen  
de nuestra patria la brillante historia.  
Mas no olvidéis que fueron arrancados  
de en medio de los riesgos y la sangre.  
¡Oh, cuántos compañeros denodados  
en la flor de sus días perecieron  
por darnos la alegría  
de que tanto gozamos este día!  
¡Quién sus vidas preservar pudiera!  
Mas ya que no es posible  
libertarlos del hado y de la muerte,  
sus nombres arranquemos al olvido.  
Vivan continuo en nuestros gratos pechos,  
y de estímulo sirvan que nos hagan  
contestar al tesón de los tiranos.  
Juremos por sus nombres respetables  
que vivirá la Patria independiente  
mientras la sangre en nuestras venas corta,  
o toda derramada  
antes será que verla subyugada.<sup>34</sup>

Y, finalmente, este del canto "Al general D. Manuel Belgrano, vencedor en Tucumán y Salta", del obispo José Agustín Molina, que expresa, grave como un responso, un sentimiento parecido al anterior:

<sup>33</sup> *La lira argentina*, pág. 311.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pág. 232.

Rara vez en el campo de la guerra  
 se cortan de laurel ramos deseados  
 que no estén salpicados  
 del carmín que el humano cuerpo encierra;  
 los nuestros lo estuvieron  
 con el que algunas víctimas vertieron.  
 Recójense estos cuerpos inmortales,  
 que la madre común hasta hoy lamenta  
 y entre sus héroes cuenta,  
 para hacerles honores funerales.  
 Gocen de Dios sus almas,  
 mientras aquí gozamos de sus palmas<sup>35</sup>.

Mas, para que no se crea que en la búsqueda de logros más o menos discretos sólo podemos apelar a fugaces fragmentos, transcribamos, por último, íntegramente, uno de los dos sonetos de fray Cayetano Rodríguez unidos por el título común de "Al que desmaya en nuestro sistema por los contrastes que ha padecido":

¿Tú, lleno de pavor pasas el día  
 los males de tu patria contemplando,  
 y huyendo de un amigo al ruego blando  
 buscas ansioso la melancolía?

¿Qué hiciste, infeliz hombre, tu alegría,  
 los grillos al romper? ¿Adónde temblando  
 llevas la planta con tu sombra hablando?  
 ¡Infeliz patria si de ti confía!

¡Húndete, miserable! A tus hermanos  
 devuélveles tu mal ceñida espada;  
 no la profanen tan cobardes manos.

La augusta Libertad con faz airada  
 te apartará de sus Americanos,  
 y en su templo jamás tendrás entrada.

FERNANDO ROSEMBERG.

<sup>35</sup> Angel Justiniano Carranza, *obra citada*, pág. 36.

<sup>36</sup> *La lira argentina*, págs. 67-68.